

Recensiones

SAGRADA ESCRITURA

J. BARTON (ed.), *La interpretación bíblica, hoy*, Sal Terrae, Santander 2001, 390 pp., ISBN 84-293-1406-7.

En la línea de los clásicos manuales introductorios o guías de lectura del mundo académico anglosajón, se presenta este libro como una ayuda para leer críticamente el texto bíblico. Leer críticamente es leer siendo consciente del acto de leer, de las preguntas que le hacemos al texto, del modo de interpretarlo. De ahí que el libro tenga dos partes: una primera parte (once artículos) dedicados a los métodos de interpretación de la Biblia; y una segunda que recorre la situación actual de los estudios bíblicos de cada una de las colecciones que integran la Biblia.

Todos los autores pertenecen al mundo anglosajón de ambos lados del Atlántico. Es sin embargo plural en sus planteamientos y perspectivas. Responden los artículos en general a lo que el editor, al decir de uno de los autores, pretendía: que no sólo cubrieran un campo de estudio, sino que presentaran también opiniones personales (p. 170). Esta pluralidad de voces a veces contrapuestas hace que leer este libro se convierta en una auténtica aventura intelectual. Al no iniciado en los estudios bíblicos le abrirá un mundo de sugerencias y posibilidades. El iniciado verá expuestas, discutidas y criticadas con rigor y de manera convincente muchas de las lecturas bíblicas que ya conoce o de las que tiene noticias indirectas. El lector católico echará en falta alguna mención al documento *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, de la Comisión Bíblica Pontificia (1993): algunas observaciones allí contenidas hubieran sido pertinentes en esta obra.

El primer artículo de John Barton, el editor del libro, sobre los enfoques histórico-críticos es absolutamente recomendable. Su análisis de las críticas recientes a estos métodos es tan objetivo como es brillante su defensa de los mismos. La propuesta de abandonar la terminología de «histórico-crítico» y emplear más bien el término «crítica bíblica» me parece oportuna y bien fundada. Artículo imprescindible para poner algo de orden y rigor en el debate, a menudo superficial, sobre lo que no es otra cosa que la historia de la interpretación moderna de la Escritura.

El trabajo de David Jasper sobre las lecturas literarias de la Biblia nos depara una agradable sorpresa: nos habla, no de los modernos análisis literarios, sino de la ficción como forma de leer el texto bíblico, de la imaginación literaria como instru-

mento exegético. Reduciendo inevitablemente el número de obras citadas (y sin ninguna referencia de ámbito hispano) nos introduce en los autores que han empleado la literatura para interpretar la literatura bíblica; literatura bíblica que es a su vez lectura literaria de textos anteriores. Dentro de esta «deconstrucción» del texto bíblico, para con sus materiales crear una nueva ficción, enmarca Jasper las actuales lecturas feministas de la Biblia.

El artículo sobre el mundo social de la Biblia es quizás excesivamente general y aporta menos ejemplos y resultados concretos, carencia más acusada respecto al Nuevo Testamento. Centra su atención en los interrogantes que la arqueología y sociología reciente plantean a los relatos patriarcales y de conquista de la Tierra, así como a los reinados de David y Salomón. No es de recibo su aviso sobre el riesgo de «círculo vicioso» en estos estudios sociológicos: reconstruir el mundo social a partir del texto, y desde este mundo social reconstruido interpretar el mismo texto. Tampoco oculta Whitelam la dificultad de situar textos literariamente complejos, sincrónica y diacrónicamente, en una sociedad concreta.

Contrapunto crítico e irónico a otros artículos del libro es la contribución de Robert P. Carroll sobre el postestructuralismo, neohistoricismo y postmodernismo. Los términos pueden llevar a la confusión, pues «moderno» y «modernismo» (y sus correlatos «postmoderno» y «postmodernismo») se equiparan en esta traducción, mientras que en español se suelen referir a épocas distintas, el primero a la cultura nacida del Renacimiento o de la Ilustración, el segundo al movimiento artístico y cultural (y teológico) de finales del xix y principios del xx. Lecturas neohistóricas son las que tornan a reconstruir la historia presente en el texto, pero no la historia narrada, sino la oculta u ocultada. Las lecturas postmodernas (cita Carroll la crítica de la respuesta del lector, estructuralismo y narratología, retórico, psicoanalítico, feminista, mujerista) son todas aquellas que conscientemente renuncian a la búsqueda del «sentido objetivo e intencionado de los textos realizada por un sujeto centrado». Alaba el autor algunas obras surgidas de estos movimientos; tacha otras de «combinaciones selectivas de lecturas postestructuralistas impulsadas por ideologías de género, raza e igualitarismo»; desconfía del «paraíso de diferentes lecturas en el que ninguna tendrá privilegios y todas serán igualmente válidas», y critica duramente el inesperado autoritarismo y dogmatismo con que en ocasiones se presentan. Provocativo y probablemente no siempre justo, contribuye sin embargo a avivar el debate y la riqueza del libro.

Mucho más claro es el ensayo de Tim Gorringer sobre las lecturas políticas de la Escritura. Partiendo de la constatación de Aristóteles de que el ser humano es un animal político, y todos sus actos y obras lo son también, y de que desde siempre se ha leído la Escritura para apoyar o combatir determinadas opciones políticas, se pone Gorringer de parte de quienes intentan descubrir los significados políticos de textos aparentemente inofensivos, o de quienes han hecho caer en la cuenta de que toda interpretación supone una precomprensión y una postura política. Estos autores niegan que la Biblia sea apolítica, y que su lectura si bien «no consiste en apoyar simplemente un sistema político» sí debe llevar a «excluir muchos».

Ann Loades nos ofrece una excelente presentación de los planteamientos de la interpretación bíblica feminista. Loades coincide con Jasper en situar la exégesis feminista como una de las lecturas literarias, necesitado como está el feminismo de

«redimir» al texto yendo más allá de él. El feminismo explicita el papel silenciado o implícito de las mujeres; hace pasar al frente a personajes femeninos, en el mejor de los casos, secundarios; rescata la dignidad de mujeres «condenadas» por la narración; denuncia al texto cuando legítima o parece legitimar «horrores» contra la mujer; incorpora análisis sociológicos a su interpretación; rescata rasgos femeninos de Dios intencionalmente olvidados, etc. Acierta Loades en no ocultar las dificultades de esta lectura, de las cuales no es la menor los conflictos con la «inerrancia» o «verdad» del texto. Acierta también en exponer las posturas diversas, a veces muy diversas, de quienes la practican.

Anthony Thiselton nos ofrece una clara visión de la hermenéutica como «reflexión crítica y teórica» de los procesos y métodos de exégesis. En situar el acto de comprensión en el acercamiento del sujeto a la verdad o de la verdad al sujeto está la distinción de fondo entre unas y otras interpretaciones de la Biblia. Para el lector común estas páginas resultarán posiblemente demasiado teóricas.

Algo más transitable, y transitado, es el recorrido que Robert Morgan hace por la historia de la relación entre teología y Biblia. Desde la formación del canon, que consagró la unidad de los dos Testamentos y de la creación y la redención, pasando por las formulaciones dogmáticas de la divinidad de Jesús, hasta los estudios de Karl Barth y Bultmann, define Morgan el quehacer teológico como la «fidelidad a lo que la tradición en su conjunto ha intentado expresar y, a la vez, estar alerta a las situaciones cambiantes que requieren constantemente nuevas formulaciones».

De gran valor y claridad son las páginas que William Johnston dedica a la aportación de la lingüística para el estudio del léxico, de su significado, y como ayuda en el aprendizaje de las lenguas y en las traducciones bíblicas. Con sencillez sorprendente el lector más profano se verá informado sobre el papel de las lingüísticas diacrónicas y sincrónicas (estructurales) en la confección de los distintos diccionarios y léxicos de las lenguas bíblicas.

Stefan C. Reif aporta el punto de vista judío para contemplar lúcidamente cómo la teología cristiana o judía han condicionado las respectivas interpretaciones de la Biblia, haciendo un interesante resumen de la historia de la exégesis judía.

Esta primera parte del libro se cierra con un artículo que cualquier amante del arte y de la literatura leerá con sumo agrado, pues muestra las múltiples formas como el arte ha plasmado e interpretado los relatos bíblicos.

La segunda parte del libro, cuyo comentario no es aquí posible, resulta quizás algo menos interesante que la primera. Es sin duda un conjunto de competentes introducciones a los libros bíblicos, pero, dada la necesaria brevedad, resultan demasiado generales, al menos para el tipo de lector que la primera parte del libro supone. Nadie duda, por ejemplo, de la competencia, erudición y capacidad de síntesis de un autor como J. D. G. Dunn: resumir, sin embargo, todas las cartas paulinas en apenas quince páginas es una empresa difícil. Más acertado hubiera sido quizás haber generalizado la opción de John Ashton en su contribución al evangelio de Juan: lejos de exponer todo el evangelio, se limita al episodio de la Samaritana (Jn 4) y presenta cómo éste ha sido interpretado por diferentes escuelas y metodologías. El vínculo con la primera parte del libro hubiera sido así mucho más fuerte y productivo.

El libro está bien traducido. El castellano es muy comprensible y se lee con fluidez. La bibliografía de cada artículo es breve pero bien escogida, y el traductor se ha preocupado de ofrecernos la referencia a la traducción española, si existe.—FRANCISCO RAMÍREZ FUEYO.

M. COLERIDGE, *Nueva lectura de la infancia de Jesús. La narrativa como cristología en Lucas 1-2*, Ediciones el Almendro, Córdoba 2000, 271 pp., ISBN 84-8005-048-9.

Desde hace unos años ha aumentado el interés por el estudio de los relatos del Nuevo Testamento desde el punto de vista de la moderna narratología. Se recupera así la unidad coherente de la obra literaria, algo velada en algunos métodos histórico-críticos. Se destaca en ella sus valores estilísticos. Con la narración retorna la figura del autor, que ha narrado de una manera y no de otra; que ha sabido combinar tiempos y espacios, personajes y acciones, para formar una narración formalmente bella, a la vez que, en el caso de los evangelios, teológicamente motivada.

Efectivamente, como afirma Coleridge, estrategia y afirmación, narrativa y cristología, son distinguibles, pero no separables (p. 240). Lucas no explica: narra. No hace afirmaciones teológicas: deja que sean los personajes quienes con sus palabras y con sus actos las realicen. El método narrativo, recuerda Coleridge, se diferencia de la «Crítica de la Redacción» en que mientras esta última «intenta explorar la obra del evangelista ante todo como teólogo», aquella se fija más bien en «la obra del evangelista como estilista», se interesa pues más por el contenido que por la forma.

Mark Coleridge nos ofrece en su libro la publicación de su tesis doctoral, defendida en el Pontificio Instituto Bíblico en 1991. Tesis dirigida por Jean-Noël Aletti, buen conocedor y divulgador del método narrativo aplicado precisamente a la obra lucana. Escrita con claridad y sin exhaustivas discusiones exegéticas o lingüísticas, el libro se lee con facilidad y agrado, siendo su terminología accesible a un público no especializado.

El autor deja que el relato lucano marque el orden de su estudio. A lo largo de ocho capítulos, las perícopas del tercer evangelio van siendo estudiadas una tras otra, poniendo de relieve el juego de personajes y situaciones, de acciones y reacciones, de palabras y silencios con que el Lucas narrador va entretejiendo su relato. Este estudio continuado ofrece numerosas páginas llenas de observaciones y análisis sugerentes, de preguntas formuladas a la narración que nos hacen leer de una manera nueva, como acertadamente reza el título del libro, relatos que a fuerza de escuchados corren el riesgo de resultar monótonos y consabidos.

A través del estudio de las perícopas sucesivas, Coleridge va sacando a la luz los rasgos principales del Lucas narrador y los componentes más profundos de la narración, aquellos ejes temáticos que motivan la forma de la narración. Un narrador discretamente omnisciente; que evita describir la interioridad de los personajes o sus motivaciones, Dios incluido, o relega dicha descripción a otros (por ejemplo, los ángeles). De la mano de esta obra, vamos descubriendo el juego de revelación y ocultamiento en que Lucas nos sumerge, donde se muestra en muchas ocasiones el «qué»